



Horca
Guillermo Barquero

© Guillermo Barquero, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta e interior: Ezequiel Cafaro

ISBN: 978-84-18322-69-3

THEMA: FBA

Depósito legal: M-18496-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com

¿Qué haría yo en tal caso espantoso? ¿Qué haría en un maldito desierto?

Aurora Venturini, *Los rieles*

Del desierto creía saber todo, pero tuve que aprender lo peor: un grito, que de pronto callaba.

Sara Gallardo, *El país del humo*

Everywhere stone is gaining. Whiteness. More and more every year. As well say every instant. Everywhere every instant whiteness is gaining.

Samuel Beckett, *Ill Seen Ill Said*

1

Hay algo de homuncular en el desierto. Es una plancha sólida que, sin embargo, no resiste al peso del menor de los pasos. Entonces, para atravesarlo no solo se puede usar el deambular lento de un camello y sus patas resistentes al hundimiento de la plancha. Pero tampoco las plantas de los pies sirven para pasar del punto A al punto B del desierto. Las plantas se hunden, y las temperaturas impiden el avance. Cerca del mediodía es inimaginablemente caliente. Cerca de las dos de la madrugada, indeciblemente frío. Es como estar pisando hielo. Y cuando uno pisa hielo imagina que está majando huesos enfriados después de una quema.

2

Llegué a la mitad exacta del desierto, a la mitad topográfica a partir de la cual hay zonas geoméricamente equivalentes por todos lados. Estoy, pues, equidistante con respecto a todos los confines desérticos, si es que estos confines pueden medirse, y si es que en la medición de estos confines se puede encontrar un verdadero límite.

3

Nos depositaron acá de noche, después de pasar carreteras bordeadas, primero, por árboles enormes de fronda redondeada como cabezas enfermas de hidrocefalia y, después, por paisajes cada vez menos prolijos, más tendientes a lo plano, hasta irse transformando en tierras de plantitas y, más adelante, en tierras negras sin ningún tipo de elevación que rodeaban a izquierda y a derecha la serpiente que era la carretera sobre la cual íbamos. Nos depositaron, digo, porque somos varios, aunque no podamos vernos unos a otros. Nos dosificaron como infecciones que entran en un cuerpo comedidamente y escogen para su maduración todos los sitios posibles que entre ellos no tienen contacto, hasta que el estado natural de la enfermedad hace que se junten en una enorme infección que extingue. Adivino, pues, así, de forma poco menos que aproximativa, que nos encontraremos y seremos uno solo, cuando en el desierto nos movamos a rastras o con los brazos abiertos o describiendo eses como hacen los animales marinos que pasan de lo claro a lo abisal.

4

El desierto de noche es una especie de mar que no es ni líquido ni sólido: es un coloide lleno de plancton e inundado de los peces de la fauna pelágica. Pataleo, nado de perrito y avanzo unos centímetros, hasta que el frío hace una coraza en la arena y no puedo seguir, la sensación punzante en la piel es tal que continuar es lacerar, obliterar, desgarrar. Pero

el desierto, viéndolo de esa forma, es desgarró. Cuando uno se mueve en línea recta por ese coloide, va perdiendo capas de pellejo y se va entregando a las sangres más diversas, o a la linfa que sale de todos los tejidos blandos. El cuerpo, adivino, tiene una densidad menor que la densidad media del desierto, y por eso parece flotar en ese mar de coloide. De noche, como la noche en la que nos depositaron acá, la densidad parece ser aún menor (la del cuerpo), por lo que se siente un flotar, una desanimación o un ahuecamiento de todas las partes, y después se siente volar, se siente que un peso se arranca de cuajo, se siente la sangre convertida en hoyo, se siente tan poco, pero hay que llamarlo *tanto*. Siempre, a todo, hay que llamarlo *tanto*: el desierto, la sangre, el cuerpo, el tiempo. Todo eso se expande. Uno siente que vuela hasta que de nuevo llega al mundo, después de las noches gélidas abarrotadas de hielo.

5

Un día, había tres espejos. No sé, en realidad, si los vi sin haberlos. El calor del desierto produce ciertos sopores que parecen alucinaciones. Parecen, digo, a falta de más palabras. *Son, imponen, impelen, obligan*. Y muchas palabras más para describir el efecto de esos espejos encima de la superficie del desierto. A veces cuesta percibirlos, y a veces hay (veo que hay) diez, quince espejos. Pero los llamo espejos, aunque están más cerca de ser lagunas. Llamarlos lagunas es una estupidez, eso sí, porque el calor del mediodía secaría una laguna en dos minutos, en cambio los espejos no pueden secarse. Los espejos son objetos que duran milenios en el planeta, que no se pudren, que no se modifican. Los espejos

son, en ese sentido inmarcesible, como huesos. Los huesos también parecen lagunas, a veces. Un día me encontré con una osamenta entera. Abría la boca con algo que asocio con el pavor, aunque las osamentas de animales que he encontrado aquí y allá todas llevan ese mismo grito de miedo en sus hocicos. Entonces, puede ser que el pavor se clave en los huesos siempre que llega la muerte, sin importar los mecanismos finales que se efectúan, o puede ser que lo que parece pavor no sea más que un fenómeno configuracional físico, como el acomodo de los átomos en una molécula orgánica, de esas complejas. Puede ser que la boca abierta sea un sello de indeterminación, una marca de anulación, una forma final de obliteración.

6

El desierto es una nieve, dije.

El desierto es una especie de nieve que cubre el mundo, dije. Lo dije porque hacía un calor tremendo de esos que des-
pellejan, y la imagen del desierto como nieve pretendía aliviar-
me. Claro está, la nieve también quema.

El desierto, entonces, es pantano, dije.

El desierto es uno de los mayores pantanos, dije.

Me fui hundiendo, me dolía la espalda, el pellejo quemado, sentía que los ojos se me iban a salir de las cuencas, pero eso pasa en el desierto, en los pantanos, en la nieve.

El desierto no es pantano, dije.

El desierto lleva su propia muerte en su propia forma, dije, como para empequeñecerlo.

Hablaba sola.

7

Encontré una navaja. Entiendo que una navaja en el desierto solo significa un instrumento para sacarse los ojos y abandonarse a la muerte, pero yo no pensaba infligirme el dolor de soltar esas bolas acuosas y dejarlas secarse y morir encima de la arena caliente. Y tampoco pensaba abandonarme a la muerte en ninguna de las variantes de la agonía: ni la de un cuerpo que yace desangrándose, inmóvil, apenas palpitante; ni la de uno que agoniza a punta de espasmos y se mueve y late y hace toda suerte de volteretas en el aire antes de fallecer, como un salmón o algún otro gran pez de aguas dulces.

La navaja tenía una inscripción: R.M. dos letras grabadas con otra navaja, presumiblemente. ¿R.M.? con toda seguridad unas iniciales, la marca que alguien quiso dejar en el mundo, o bien un enamorado que quiso dar la navaja como una ofrenda de amor eterno a la mujer que le robaba el sueño. O, quizá, una señal de auxilio. Pero, si es una señal de auxilio, ¿es posible que alguien la haya dejado tirada en medio del desierto, para que otro alguien —yo o cualquiera de los que se extravían en estas arenas a lo largo de los meses— la tomase, examinase sus letras desgarradas, inquirese en las señales de ese mensaje y coligiese, con todos los significados posibles de la marca, la forma de un rescate? En medio del desierto, digo, pero no sé si esto es una linde, un centro, una marginalidad, una orilla, una tangente. A izquierda y derecha se ven las mismas cosas. Delante de mí, hay unas ondulaciones que se van modificando con el choque del viento. Detrás, otras ondulaciones. R.M. se perdería en la forma de lo idéntico, lo que se repite. Quizá ahora sea solo huesos, quizá haya quedado en una zona del desierto en la que la arena ha cubierto su cráneo, su ropa deshilachada, sus lentes de sol que han quedado adosados a un rostro seco que no es posible rescatar.

8

Alguien dijo que el desierto es ondulado. No recuerdo las exactas palabras que usó para describir la forma, la textura final del desierto: *el desierto es ondulado* es una de las variantes, la más obvia. Pero pudo haber dicho que era un sitio plano en el que a veces algo telúrico desplaza el punto de vista para terminar semejando una onda o una especie de ola de arena. Para su vastedad, es muy poco lo que se puede decir del desierto: arena, insectos (no he visto ninguno desde que estoy acá), plantas que requieren muy poca agua para vivir (no me he topado con ninguna), viento y silencio. Aunque el silencio no es como uno lo imagina cuando no conoce el desierto de primera mano. Se escucha la arena cuando se desplaza, grano a grano, de un sitio al otro. La arena suena como los párpados cuando uno cierra y abre los ojos fuertemente, en una habitación completamente confinada. Es, entonces, como estar escuchando miles, millones de ojos abrirse y cerrarse en un sitio oscuro, sin puertas, sin cuerpos, sin ventanas, sin esperanza: solo ojos y más ojos que se abren y se cierran. También, pienso, se puede parecer a esas boquitas de las plantas que atrapan moscas, cuando se cierran y presionan un insecto pardo que no puede hacer nada para soltarse. Miles, millones de plantas carnívoras en un bosque artificial que no permite que ese sonido se escape o disminuya el golpe de su impacto.

Está también el sonido que hacen los gritos. A veces tengo fuerza para gritar, incluso para gritar mientras impreco al mundo y a Dios y a todas las criaturas que, de una u otra forma, me trajeron acá. Grito desaforadamente, incluso, solo para distinguir el sonido de mis gritos en el desierto. «Predicar en el desierto», dice alguna gente, como si eso significara

forzosamente ver las propias palabras perdidas. Los sonidos de la voz, en cambio, se amplifican y crean toda suerte de repeticiones deformadas, como si se tratase de pequeños organismos que imitan, se burlan y hacen un chiste de existencia paupérrima.

Grité el nombre de Dios la primera vez que se me ocurrió probar los sonidos en el desierto. Dios, Dios, Dios, grité, lagrimeando, con la garganta llenándoseme de arena, con las cuerdas vocales tiesas, chocando unas con otras en el frenesí de lo que no tiene armonía. Y el desierto repetía el Dios, Dios, Dios, y parecía que había un ejército de locos gritando el nombre de su creador y haciendo del nombre de su creador una súplica que apagaría el fuego de la arena del desierto, la imposición del desierto en los cuerpos, el aplastante peso del desierto y de su mano ardida sobre el pellejo.

El desierto no me dio respuesta. Existe, eso sí, el eco en el desierto.

9

Grité R.M., sin orden, sin esperanza.

Blandí la navaja con una expresión que considero temible. Mi sombra en la arena reproducía esa sequedad, ese blandir desordenado, lleno de espasmos y toda clase de comunicaciones nerviosas que mueven mis partes según el arbitrio de los músculos que ya no le pertenecen más que a la muerte. La sombra de las cosas en el desierto es algo que uno no puede imaginar, es algo que hay que ver. La sombra en la vastedad de esta arena se transforma segundo a segundo. Primero una, blandiendo una navaja, parece una mujer blandiendo una navaja: los senos se reflejan negros

y se mueven de arriba abajo, el filo se desplaza a la derecha, después a la izquierda, después parece que se está hundiéndose en la carne, pero eso solo pasa en la sombra, y una casi que puede oler la sombra de la sangre que no existe, y se percibe el olor a hierro en la sombra, aunque en el cuerpo no haya heridas ni sangre. Los olores tienen sombra, pues, una sombra que reproduce algo que no existe, y así es como se percibe en el desierto. También una, blandiendo una navaja en el desierto, parece, a ratos, en la obnubilación del golpe de calor de ciertas horas, un animal que ha tomado un pedazo de roca y se dispone a quebrar, enloquecido, el cráneo de una bestia de mayor tamaño; ambos libran una lucha desigual, una batalla que en la sombra es el golpe desafortunado contra el hueso que craquea, fisurándose y desintegramiento su médula. El sonido tiene su lugar en la sombra: algo negro se infla y luego desaparece y el viento lo destruye y lo rearma y hace que todo se vuelva granos de arena ennegrecidos de sombra y luego todo se convierte en ondas de sombra y después vuelve la monotonía del desierto. Y el cuchillo blandido, en esa calma, vuelve a parecer un cuchillo, y después parece un fémur, y después una pata de un insecto descomunal de la prehistoria, y después una mano tomada por otra mano, desmembrada.

El eco me devolvía el R.M. y en esas dos letras, ya hechas cuatro letras (y ocho, y dieciséis), encontraba el alivio de los sonidos que se conocen y que nos son dados por la boca de los otros, como una plegaria, digamos, o como una maldición. Como si de afuera alguien nos impusiera esa voz y esta se sumara a la desesperación de la nuestra y, sin detención, ostensiblemente, con la boca ya cerrada y las palabras ya secas en la lengua, alguien más gritara: alguien de afuera, alguien omnívora, alguien que conduce nuestra ánima.

10

El silencio de noche es muy distinto del silencio de día. Aunque podría ser perfectamente posible que la percepción del silencio de las noches se enlentezca por las bajas temperaturas. A veces los huesos se sienten como piedras. El cuerpo duele, los músculos buscan distintas formas de la inmovilidad y de la estasis; así, los sonidos llegan lentos, apagados por la inacción, puestos debajo del rechinar de dientes al que obligan las noches. Y, cuando hay completa oscuridad, solo se percibe un siseo en la arena, como si el desierto hablara a baja voz o como si de la superficie del desierto emanara un secreto flujo de voces entregadas a la conspiración: irregulares, anuladas y reanudadas aquí y allá, muertas y luego convertidas en lenguas que fluyen dentro de bocas secas y crean palabras cuyo significado no es posible conocer. Si el silencio en las noches de oscuridad total es distinto del silencio en las noches en las que hay alguna de las lunas que refulgen, puede ser que el sonido sea una función de los ojos; quién sabe, puede ser incluso que el silencio en el desierto necesite de un aparato de percepción que acá está formado no solo por los pasajes que reciben vibrátiles las ondas, sino por todos los nervios unidos, trabajando, dados a la tarea odiosa del movimiento y sonido de lo invisible.

El choque de la arena suena como a dedos, a veces. Como los dedos de un niño que pasan la suavidad de sus huellas en la piel, que acarician la nuca de la madre mientras buscan el pecho y su contenido. A veces hasta se escucha la boca que rodea el seno, la pequeña succión caliente, el golpe de los pies enfundados en medias de lana.

El siseo es la tela que choca contra la carne.

11

¿Rafael Martínez? ¿Rosa Misteriosa? ¿Rosa Mística? El descuido en el grabado de las letras es notable, como si hubieran usado una gubia doblada y condenada a trazos torpes, precipitados. Aunque puede ser que el asunto haya sido la premura, no la herramienta: había que dejar la navaja con una inscripción para que alguien la encontrara en el desierto. Ese alguien —yo ahora, sin proponérmelo— debía, pues, hallar significados, o conducir investigaciones. Pero ¿investigar en el desierto? ¿Usar la energía que va faltando cada vez más, hora a hora, en una maldita pesquisa que no llevará el asunto de la inscripción a ningún lado? Y está lo de la sangre: hay gotas o chorros quebrados en varias partes del filo y del mango, algunas muy cerca de las letras R.M., que forman la figura de alguna violencia, la estela de algo convulso que trato de adivinar en cada mancha. El filo de la navaja refulge intensamente con algunas luces, y las gotas o chorros resplandecen como el óxido de los metales guardados largo tiempo. La navaja adquiere, en esos momentos en los que el brillo embrutece y confunde, la característica inocua de los objetos de museo: una cabeza de bronce de algún prohombre; el cuerpo fosilizado de un cetáceo; el monumento ecuestre principal de una ciudad hundida.

Hasta que, llegada la oscuridad, otra vez es una navaja y eso de nuevo se enciende como sangre.

12

Cierro los ojos y pienso en millones de hormigas. Caminan, se comunican como lo hacen siempre que llevan hojas de

un árbol y las hunden en sus nidos subterráneos; rehacen el recorrido una y mil veces, tocándose las antenas y caminando sin cesar, hasta que sobreviene una calma que las obliga a meterse en esos laberintos que han armado debajo de la superficie, y descansan, pliegan sus patas, observan a las hojas pudrirse y en esa podredumbre sienten el brote de pilares mohosos que llenarán de humedad sus cuevas.

Cuando abro los ojos, esas hormigas son los granos de arena que se me pegan en el cuerpo, brincan, se pegotean en el sudor que forma una capa aterciopelada encima de la piel. No caminan, no se desplazan, no ven crearse pilares mohosos en la superficie dolorosa del desierto. No hay huecos que cavar, no existe el refugio de la oscuridad de las tumbas.

13

La monotonía, pensé, podía quebrarse si contaba los metros recorridos. Avanzaba casi a rastras, intentando determinar la cantidad de pasos que daba cada vez que lograba incorporarme. Diez pasos, doce pasos, cinco pasos, hasta caer exhausta en la arena. ¿Dos metros? ¿Tres metros y medio? La ausencia de mojones en el desierto impide medir las distancias. La esplendencia del sol que no cesa de multiplicar la brillantez de las ondulaciones también constituye un obstáculo: de tan claro, el desierto se presenta como un continuo inconmensurable, uno que repele al ojo que busca los detalles, la determinación de las pequeñas cosas.

Recurrí, entonces, al subterfugio de los muros. Cada cierto número de pasos significaban un muro. Como fachadas caídas en una ciudad que se atraviesa con los pies descalzos. Avance: muro levantado. Nuevo avance: otro muro

levantado. Miraba hacia atrás, y los muros invisibles, que debían servir de puntos de referencia, no eran más que viento que levantaba la arena en remolinos. ¿Y si los remolinos podían usarse como los postes eléctricos de una ciudad, como artificios levantados para determinar cuánto miden las calles y las manzanas? Los remolinos como punto A, punto B, punto C, etcétera. Sin embargo, cuando llegaba a la mitad del alfabeto solo podía observar la fuerza de un ventarrón que quebraba toda posibilidad de seguir contando. En esos momentos de ceguera, los párpados pesan, el aire que entra en los pulmones lleva el calor de la arena, la aspereza del desierto entero. Hasta que el viento deja de soplar, y de nuevo todo es ondulaciones, todo es lo inconmensurable.

14

Lo más fácil sería infligirme heridas en las piernas, por ejemplo. O en un codo. O debajo de un seno. O, quizá, cerca del ombligo. Lo más fácil sería hacer brotar la sangre, sin mirarla, adivinando su paso de gota a gota bajo la luz de las estrellas. Lo más fácil sería poner una plasta de dolor encima del dolor que ya existe con la deshidratación y el frío. Y avanzar con el dolor, cargar el dolor como se carga una extremidad o uno de los huesos planos y enormes del cráneo. Cargarlo como un peso enorme que se va haciendo mayor conforme las distancias recorridas son más grandes. Lo más fácil sería acostarme y sentir el líquido brotar, dejarlo que salga de la piel violentada, ir sintiendo algo que llega y algo que se va, comparar lo que sale y lo que entra. No dejarlo que pase de las horas en las que apenas se insinúan las formas. No dejarlo que llegue al día y su fulgor, su luz bestial.

15

Creo que llevaba dos semanas en el desierto cuando vi el rastro de rojo brillante mezclarse con la arena. Fue la última vez que sentí que menstruaba. ¿Dos meses hace? ¿Es posible que lleve acá cerca de tres meses, entonces? También pudo haber sido hace tres días, estirados por las horas que no transcurren o que se quedan pegadas en el brillo arenoso. Un hilo de sangre seca y pegoteada con tejidos duros, casi negros. Era estar viendo pajaritos descuartizados en una playa inhóspita; sus cabecitas quemándose con el sol que no se apaga de ninguna forma. Hasta que los remolinos de viento y arena iban cubriendo el rastro, convirtiéndolo en una forma granular que, pasados los minutos, adquiriría una corporeidad que apenas si dejaba apreciar las estrías de sangre. Todo eso había salido de mí, había transitado desde mis entrañas hasta los estratos superficiales, y después los intermedios, y más adelante los que sabía que estaban allí pero que eran cofres secretos: el desierto se tragaba mis infidencias tisulares, se hacía dientes que mordían.

16

El vegetal no era más que la imaginación del vegetal. O el sueño del vegetal: el árbol erguido en medio del desierto, al que se le podía arrancar agua si se lo exprimía. Pero para exprimirlo, de todas formas, hubiera necesitado instrumentos pesados, herramientas conectadas a la electricidad de una pared. O un generador eléctrico para mover esos mecanismos de aspa, sierra, cuchillo. Por eso, el hecho de que el vegetal —un árbol de fronda sorprendente y de raíces muy gruesas

y de sombras muy negras y marcadas— fuera la imaginación del vegetal era un alivio enorme. Me fui acercando al punto en el que el vegetal se encontraba. Con cada paso, iba esfumándose en el movimiento especular de la arena hasta que, ya estando al lado de la imagen que anteriormente proyectaba una especie de ominosidad hecha sombra, me di cuenta de que no quedaba más que viento, granos brillantes, la ondulación y otras cosas que estaban adentro: la sed, la violencia, el deseo. Los tres hechos uno solo, una amalgama indivisible.

17

Avancé, después de dos noches de reptar por las arenas. Digo dos noches por no decir veinte noches, treinta noches. Solo sé que traté de delimitar las zonas de luz de las de oscuridad, poner una barrera entre ambas y así medir dos noches enteras, solamente iluminadas por las millones de estrellas que adornan esa alfombra negra arriba. Nada de luna, nada de la piedra arrancada de un planeta. Puede ser, eso sí, que algunas de las que califico como estrellas sean planetas; las más luminosas, las que tienen colores que no son el blanco brillante que titila. Las que no parecen partecitas de sangre derramada. ¿Cinco, seis noches? Es perfectamente posible, porque ese reptar no sucedió sin pausa. Me sentí culebra, a ratos, atravesando las ondulaciones y los vientos, dejando el rastro de mi peso, imprimiendo huecos con la forma de mis caderas. Un hueco acá, otro allá más adelante, otro allá separado por la misma distancia que separa al primero del segundo, y así hasta alcanzar decenas de metros, hasta darme cuenta de que el avance era franco y de que estaba llegando a otro sitio. Aunque el desierto no tiene sitios, es solo lugar, una sola estancia sin lindes.

Pero avancé: llegué a una zona sin ondulaciones, por primera vez, una zona plana, en la que el aspecto de los espejismos cuando el sol quiere enceguecer es más nítido. Espejismos regados por muchos metros cuadrados.

El desierto a veces parece que puede ser llamado de otra forma. Cuando pasa de lo ondulado a lo plano, por ejemplo; una podría llamarlo platitud, o planisterra, o simplemente desierto plano. Una podría crearle nombres, sin ver en el mapa que es todo igual, porque acá abajo, en el nivel de la arena, sí parece que se está llegando, insensiblemente, a un límite. Se está llegando a algo, aunque a los cuatro costados todo esté hecho de lo plano, de lo sin forma. Pero ¿cómo saber si se está llegando o no a algo? El algo del desierto debe de ser distinto al algo de los otros sitios del mundo. Quizá el algo de acá sea el agua. O sea el edificio con aire acondicionado. O sea la presencia de los amados. O sea, simplemente, otro desierto, ni plano ni ondulado, uno que después de los días y las noches pasados en la monotonía de plano-ondulado, después de lo dicotómico, describa otro tipo de superficie. Cómo imaginar esa superficie, cómo ponerle a esa superficie un nombre. A esa cosa embrionaria, a eso que no existe todavía: desierto trapecoidal, desierto picudo, desierto algo.

Algo.

Nada.

18

No era una culebra. No era tampoco la sombra de una culebra, ni la sombra de mi brazo que pudo haber semejado una culebra. No era nada. No era, pienso, ni siquiera el viento que a veces bate sus alas como una culebra alada.

19

Me desperté maniatada. No era uno de esos sueños o alucinaciones del desierto, en los que una experimenta lo vívido de una mordida de serpiente o el agujijoneo de un alacrán cerca del ombligo. Desperté con dolores y, después de largos minutos de larva y de bicho que se retuerce encima de la arena, fui dándome cuenta de que seguía en el desierto. En la parte ondulada del desierto, que es la mayoría de lo que al desierto le corresponde como tierra inhóspita. Logré abrir los ojos y ver que me faltaban los brazos; sentir las manos amoratadas, amarradas la una a la otra en la espalda. Las piernas dobladas en posición fetal. Golpes aquí y allá, pero ese aquí y ese allá cambiando de segundo a segundo, agudizándose, siendo picos y después convirtiéndose en dolores amplios, dolores que pertenecen a muchas partes del cuerpo y, por lo tanto, a ninguna. Y comencé a retorcerme de la desesperación. Maniatada, yo, gusano loco, instrumento de peristalsis que busca la salida de un lumen para transitar otro lumen al cabo del cual se llega a una habitación oscura, cuya salida se adivina y cuyo tránsito en la oscuridad es el de los manoteos. Y las cuerdas, entre más me movía como larva, más se apretaban, más me apriaban. Sentía amoratárseme las manos, pegoteadas de sudor (¿y sangre?, me preguntaba con cada embestida inútil), sentía que me convertía en molusco fuera de la concha, rompiéndose en las arenas calientes de una playa sin clemencia. Pero era el desierto, y lo único que del mar había era la posibilidad del agua, y retorcerme sin la esperanza de llegar a esa agua era como estarme dando vueltas en el caldero de un infierno. De arriba abajo me retorció, sudaba ese retorcimiento, hasta que sentí que la fuerza se había hecho un cordón de peso flaco que recorría los músculos, y entré

en reposo. Dormí, desperté, dormí, todavía amarrada. Daba una embestida aquí y allá. Sentía algo brotar, un algo que era de mi interior, pero que parecía provenir de la arena del desierto, algo duro, pedregoso, seco. Recordé el cuchillo con las letras grabadas; corté poco a poco las fibras del mecate hasta quedar libre. Arriba, la luz de un astro se reproducía en los miles de puntos que titilaban en un cielo ocre. Era como estar mirando ojos, viendo boquitas abrirse y cerrarse, estar estudiando el significado de palabras de lenguajes misteriosos.

20

¿R.M.? A ratos, solo resalta la primera de las letras, y la segunda parece más un accidente que unas manos dejaron como muestra de las torpezas de la agonía. La M., algunas veces, semeja una culebra que no se detalló, los trazos de una angulación que fue practicada en el metal con la insistencia de las tareas cerradas como calles ciegas: en esa M. hay derrota, cansancio, hay una resolución de quedar torcida y de hacer de ese torcimiento una imposición; en esa M. hay puño, hay golpe. Hay, en esas dos letras, una voluntad de partir, de desgarrar. Hay amarra, allí, en eso que con algunas luces refulge.

21

De tan terso, el desierto araña.